

Colombia

UN PAIS

SIN CONCIENCIA GEOGRAFICA



ALVARO VALENCIA TOVAR
Mayor General del Ejército

La frase **Geografía es destino** constituye en geopolítica una verdad con fuerza axiomática. Sin caer en teorías radicales de determinismo geográfico, debe aceptarse la influencia condicio-

nante del medio sobre el hombre. Y el ambiente es la geografía misma, hecha de fuerzas poderosas cuya innegable presencia modeladora se traduce en formas de comportamiento, peculiaridades de la sicología colectiva, hábitos, idiosincrasia, temperamento, actitudes.

Por ello el hombre debe entender el medio que lo rodea e integrarse en él con ánimo de utilizar las fuerzas geográficas más que contrarrestarlas, y comprender la naturaleza de la herencia que le ha correspondido en suerte. La tierra no es simplemente, contrario que pudiera pensarse a priori, una entidad estática. Hay en las montañas inertes y en los ríos en movimiento, en la torridez o frialdad de las latitudes, en la dirección y poder de los vientos, en la forma y dimensiones de los territorios que sirven de escenarios al desenvolvimiento histórico de un pueblo, un todo dinámico y actuante. Conocer las energías ocultas de esa geografía, medir el alcance en ocasiones tremendo del desafío que la naturaleza nos presenta, es poseer una conciencia geográfica.

Un examen retrospectivo sobre la conformación del mapa actual de Colombia nos indica la falla dramática que ha existido históricamente en nuestro pueblo y en el largo desfile de sus dirigentes transitorios en torno a esta comprensión indispensable de los valores geográficos envueltos en el concepto un tanto retórico de Patria.

No de otra manera se explica el encojimiento progresivo del mapa nacional a lo largo de ciento cincuenta y tres años de vida independiente. Es-

pañá por no necesitarlo, no se preocupó por alinderar físicamente sus territorios de ultramar lo que vino a producir, una vez disuelto su imperio, toda suerte de incertidumbres no pocas veces traducidas en guerras y conflictos de variada índole. Si hoy fuésemos a confrontar la delimitación de nuestro territorio con la que trazó la corona española a sus dominios americanos, nos hallaríamos ante dolorosos cercenamientos territoriales, tan solo explicables a la luz de la afirmación expresada en el título de estas páginas: **Colombia es un país sin conciencia geográfica.**

País empequeñecido

Lo paradójico de estas situaciones reside en que Colombia, único país suramericano dotado de costas sobre dos océanos, limítrofe con cinco naciones en fronteras extensísimas, es un país mediterráneo. Su visión geográfica diríase afectada de miopía, impuesta por costumbres que limitan el alcance de la vista y encierran entre peñascos el panorama global de la heredad nacional. Encastillados en el Ande no hemos hecho de él una atalaya para apreciar la magnitud total de la perspectiva geográfica, sino el ámbito limitado de preocupaciones comarcanas. Desvertebrados por la violenta orografía andina, y enclaustrados en el hermetismo de sus peñascales, perdimos la noción de la inmensidad que rodea prácticamente todos nuestros bordes terrestres y marítimos.

En términos geopolíticos se explicaría este fenómeno por la predominan-

cia de la forma nuclear del territorio, que mueve a centralismo y concentración, y de la formidable masa cordillerana, que aprisiona y restringe, sobre las tendencias centrifugas de los mares y las llanuras, o la descentralización a que parecen invitar las fuertes barreras geográficas, particularmente a lo largo del proceso formativo de la nacionalidad una vez efectuado el desmenbramiento del imperio español.

La falta de una verdadera conciencia geográfica hizo posible que sobre los confines olvidados de la Amazonia, avanzarse sin pausa el expansionismo lusitano hasta conformar la incomprensible línea Tabatinga Apaporis. Así perdimos también toda posibilidad de asomarnos al Napo como río fronterizo. Por ello hubimos de conformarnos con un precario trapecio que nos diese acceso a la inmensidad del Amazonas, en tanto por más de un siglo los mapas nacionales nos contaban la desembocadura del Putumayo como confín oriental de nuestra propiedad física y política, sustentable en sólidos argumentos históricos.

Y si esta es la historia del Siglo XIX, la del XX no es más afortunada en la formación de una conciencia geográfica nacionalista. Apartándonos de aspectos políticos, demasiado sensibles a cualquier análisis, penetremos en otros campos no menos importantes dentro del alcance de esa conciencia.

Diagnóstico inquietante

El patrimonio histórico de un pueblo no está restringido en el orden físico a términos territoriales. La geo-

grafía envuelve el contenido de la entidad nacional: recursos naturales, potencial hidráulico, plataforma submarina, riquezas pesqueras, utilización científica de la tierra según características regionales, relación hombre-explotación del suelo y de lo que él brinda.

Un análisis franco de la utilización que hemos hecho de ese patrimonio, renovable en parte, sin posibilidad física de reemplazo el resto, nos empuja a conclusiones angustiosas y remordimientos tardíos

—Nuestro subsuelo se ha entregado en términos tan desventajosos que no pocas veces han rayado en la inconciencia.

—Nuestra fauna está en proceso de extinción en muchas especies útiles o hermosas.

—Estamos rompiendo sin miramientos el equilibrio ecológico, en forma que amenaza seriamente el futuro de nuestro pueblo.

—Hemos arremetido contra bosques y selvas como si fuesen enemigos arrasando en esta bárbara arremetida maderas de larguísima evolución que nuestros colonos hieren con sus hachas en gesto heroico de conquista, sin proveer su reemplazo ni utilizarlas en forma alguna. El fuego devora luego los gigantes caídos, empobreciendo la tierra y preparando la erosión.

—Valles de inmenso potencial mecanizable se dedican a ganadería de pastoreo, mientras laderas y cuevas empinadas se desnudan de vegetación

natural. Las lluvias completan luego el proceso desintegrante del humus vegetal, que desciende en millones de toneladas para sedimentarse en nuestros ríos otrora navegables, o perderse en el mar.

—Dos mares que podrían sustentar fundamentalmente las necesidades proteínicas de un pueblo hambriento apenas si comienzan a explotarse con banal criterio turístico, mientras flotas pesqueras con pabellones extraños castigan despiadadamente los bancos de langostas goajira o camarón tumaqueño, o limpian nuestro sector oceánico de su extraordinaria riqueza piscícola.

Improbable pero posible

En otras palabras, Colombia parece vivir en presente en cuanto hace a su patrimonio físico. País rico en petróleo, deberá importar pronto hidrocarburos para suplir sus crecientes demandas. Fuerte en aluviones y vetas auríferas, ve descender todos los días el valor comparativo de su moneda, mientras oro y platino vuelven a robustecer economías poderosas. Dueño de las más bellas esmeraldas del mundo, hace de esta posesión casi única, razón de pillaje y homicidio. Poseedor de espléndidas selvas húmedas que podría explotar científicamente y repoblar con especies locales o aclimatables de otras latitudes, la destruye con furia y luego eleva monumentos al hacha que las aniquila.

En el fondo de todo esto, y de lo que no se ha dicho aquí pero los colombianos conocen o quieren olvidar,

no hay otra razón que la falta de conciencia geográfica. Somos como hijo manirroto de algún hacendado, que sólo sabe de la propiedad de sus mayores que está allí y le producirá dinero mientras viva. Después de él, el diluvio para recordar a Luis XV, gestor inconsciente de la revolución francesa.

En inquietante artículo intitulado "Colombia perderá a Nariño como perdió a Panamá", Gustavo Alvarez Gardeazábal denunció desde estas mismas columnas una serie de circunstancias de hoy y de ayer en las que gravita la alarma que ese desconocimiento del pueblo colombiano hacia su heredad histórica produce a quien se detenga a meditar sobre qué hemos hecho con lo que aún nos pertenece. Meditación que promueve un grave interrogante: ¿podrá repetirse el cercenamiento de nuevas parcelas patrias, en gracia a incuria, apatía, indiferencia, olvido, en una palabra **inconciencia** de lo que estamos llamados a ser?

No parece probable, pero si la entidad geográfica no toma cuerpo en la conciencia colombiana cabe en lo posible. Resultaría insensato desconocer que la comarca tiene en nuestra nación aliento propio determinado por circunstancias geográficas y apreciable en costumbres, conducta, peculiaridades étnicas, lenguaje, folclore. Los sentimientos regionales son intensos, fácilmente convertibles en antagonismos. Nuestros bordes limítrofes son, en extensiones considerables, grandes vacíos de frontera muerta. Apéndices territoriales lejanos, son más salientes

de asfixia que puntas de crecimiento en el sentido geopolítico. Se advierten ciertas tendencias centrifugas en áreas aisladas, vertidas hacia el exterior en la imposibilidad de hacerlo hacia el interior del país por aislamiento físico e imperativos económicos.

En tales circunstancias aparece lógico acentuar la nacionalización de los territorios apartados mediante la presencia visible del Estado, tanto más intensa cuando más débiles sean los eslabones que las unen al cuerpo nacional, o más marcada, la influencia absorbente de zonas vecinas.

Y, sobre todo, llevar a la conciencia nacional un sentido más hondo del territorio, de la heredad, de los recursos puestos a nuestra perennidad.

La palabra nación

Un pueblo sin conciencia geográfica, ignora lo que tiene, el valor de la posesión, el usufructo posible de riquezas que bien pueden dejar de serlo. No intuye el porvenir. Malbarata lo que tiene pensando que siempre ha de disponer de ello. Destruye sin preocuparse por reemplazar. Atropella la naturaleza en vez de armonizar con ella.

La palabra **nación** no puede pronunciarse en toda su sonoridad, si el hombre y su ambiente no han hallado la simbiosis indispensable para congeniar íntimamente. ¿Podemos pronunciarla los colombianos, seguros de estar respondiendo a plenitud por su amplio significado?

(Tomado de la Revista "ARCO" N° 148 - Mayo de 1973).